

originaria, de un poder, de una violencia antes de cualquier determinación física, psíquica, teológica o política (p. 143), anterior incluso, llegará a afirmar, a cualquier determinación óntica u ontológica, pues allí donde aparece el verbo *walten* se trata de un superpoder que decide acerca de todo, que decide en última o en primera instancia, y en particular, en cuanto al *en cuanto tal*, en cuanto a la diferencia entre el ser y el ente (p. 337).

Se trata, en definitiva, de un volumen muy complejo. Valioso tanto por la precisión en el tratamiento de los textos como por la variedad temática y las indicaciones preciosas que aborda y propone y cuya recepción, elaboración y eventual desarrollo quedan pendientes. En sus páginas se habrá mostrado, entre otras tantas cosas, que la bestia (el animal) y el soberano (el hombre) tendrían, a pesar de todo, algo que ver el uno con el otro. Por lo pronto, nadie se atrevería a negarlo, que cohabitan, que viven los dos en único mundo, en un mundo que es, al menos en un sentido mínimo, el mismo – solo ahí tendría sentido decir, como Heidegger, que el animal no habita el mundo como solo el hombre lo hace. También, y de la misma forma, que se mueren. Esto último, y ello a pesar de que en un puñado de ocasiones leemos a Derrida decir que quisiera continuar algunos de los caminos abiertos durante este curso en el próximo, es lo que al filósofo le pasó. Se murió. El curso también terminaba con la muerte, con una última cita de Heidegger y una última pregunta que no quisiéramos dejar de repetir: “*Sólo hay una cosa que pone en jaque, de inmediato, al hacer-violencia, a la acción violenta. Es la muerte. Queda enteramente por responder – ésta ha sido la cuestión del seminario – la pregunta: ¿quién puede morir? ¿A quién se da o se niega ese poder? ¿Quién puede la muerte, y mediante la muerte hace fracasar la super- o la hiper-soberanía del *Walten*?*” (p. 350).

Ramón MACHO ROMÁN

LLANO, A.: *Caminos de la filosofía*, Pamplona, EUNSA, 2012, 2ª ed., 585 pp.

La constante referencia a la verdad tanto en el terreno filosófico como en el existencial más allá de la urgencia por el éxito queda reflejada como recomendación y directriz fundamentales en la vida de Alejandro Llano, que este libro recoge en el formato, poco habitual hoy en día, de unas conversaciones que el filósofo y profesor mantiene con otros tres filósofos, Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba.

Con un tono afable, cercano, y la actitud dinámica y dicharachera que le caracterizan, que hace esbozar al lector unas cuantas sonrisas a lo largo del libro, Llano contesta a las preguntas de sus interlocutores, familiarizados con su pensamiento y discípulos de él –pues así dicen considerarse ellos–, que siguen sus investigaciones por las sendas que él ha comenzado. A través de cuestiones propiamente filosóficas y las vivencias que pudieron invitar a ellas, el libro representa una mirada atrás sobre el autor, que sirve como ejemplo y alienta a los que, dedicados a la labor filosófica, también “estamos en ello”.

La falta de ambición, e incluso el rechazo a los grandes planteamientos filosóficos se observa en la conciencia del autor de estar haciendo metafísica *desde* la finitud y, además, únicamente *una* de ellas. En relación con esto y, si bien más aristotélico que platónico, Alejandro Llano aprecia las virtualidades y eficacia del diálogo para la filosofía –que no

puede hacerse en una habitación oscura–, al dejar espacio –en tanto que muestra, pero no dice todo– para la incompreensión. Ésta es condición de posibilidad para apreciar la profundidad del pensamiento filosófico, el que en él no pueden despacharse las cuestiones de un plumazo, lo cual sitúa al hombre en la posición limitada o finita que le corresponde.

En el libro se recorren los diversos caminos filosóficos que –respondiendo al carácter libre de la filosofía primera– él eligió por gusto, sencillamente porque le interesaban, porque ahí había algo que quería explorar en relación con la verdad y no por la ambición de llegar a ser un experto en algo. Por esto no puede considerársele un filósofo de una escuela determinada, pues piensa que el atenerse a una tradición ha de implicar la renovación que surge del confrontamiento enriquecedor con otras visiones. Esta tarea de búsqueda a través de las diversas filosofías se configura como un modo de vida y, por tanto, con resultados vitales o inmanentes al sujeto, que no pueden consistir meramente en un puro dominio informativo, sino en la auténtica comprensión que lleva a pensar por cuenta propia.

Llano reflexiona acerca de la *libertad* como raíz básica y condición de posibilidad de esa búsqueda en la que consiste el pensamiento, cuya forma más fundamental es la libertad ontológica o trascendencia del hombre. Ésta es lo propio de todo comportamiento humano, es la clave de la cultura, pero, especialmente y con mayor énfasis si cabe, de la filosofía, en tanto que el conocimiento se vuelve imposible sin libertad. Así la reconoce, con sus más y sus menos, en los grandes pensadores que ha tratado, frente a su invalidación en todo tipo de naturalismo o su limitación en la actitud dogmática.

Si se pregunta, en concreto, qué itinerarios filosóficos le atrajeron, habría que decir que *siempre* el de la metafísica. Pero, dado que recorrer el camino de ésta implica necesariamente una estrategia que tiene que ver con el aspecto pragmático de la verdad, esto es, tomar ciertas decisiones teóricas –puesto que uno no puede ocuparse de ‘todo’, (quizá porque éste, además, ni siquiera existe)–, se podría decir que sus intereses se han centrado en las *revoluciones filosóficas*. Y considera que, si bien éstas se interpretaron inicialmente en algunos casos o se autodeclararon explícitamente como antimetafísicas, no abandonan en ningún caso la filosofía primera. Aunque con una proximidad mayor a Tomás de Aquino y la filosofía clásica y medieval, empezó por la *copernicana* –sin llegar a ser nunca, por otra parte, kantiano–. La investigación acerca de la noción de fenómeno en su tesina marcó un comienzo al que le siguió el tema de la trascendencia como autonomía del sujeto trascendental.

Más tarde llegó el interés por la revolución *lingüística* que supuso la filosofía analítica, a la que ve como una transformación del planteamiento trascendental kantiano. Su preocupación fundamental respecto a ésta gira en torno a la posibilidad de su conciliación con la metafísica, a la conciencia de que hay que combinar los temas e instrumentos de ambas para dar lugar a una filosofía más potente que la que se está cultivando hoy en día. Pues el hecho paradójico es, como dice, que a pesar de la gran dedicación a la filosofía desde la segunda mitad del siglo XX, su calidad intelectual no ha sido hasta ahora muy alta. La inquietud por las cuestiones más nuevas del pensamiento le llevó a la revolución más radical –tan radical que abandona por derrota la tarea metafísica– de la *postmodernidad*, pero en la que detecta, al menos en ciertos autores, algunas agudezas intelectuales de un pensamiento, a pesar de todo, propiamente metafísico.

En esta trayectoria que lleva recorrida hasta ahora, pero todavía no terminada, se advierten, por una parte, su interés por la filosofía entendida de manera *unitaria*, sin la especiali-

zación y fragmentación que derivan de las exigencias pragmáticas del mundo actual, y con un carácter abierto a la teología que, por cierto, él mismo estudió. Y, por otra parte, su amplio conocimiento de la tradición y de la cultura contemporánea, no sólo en su dimensión filosófica, sino que abarca otros campos, como la literatura, por la que confiesa que siempre ha sentido mucho gusto, un gusto que “roza la avidez” y que se complementa con su pasión surgida tempranamente por la lectura.

También el compromiso con la universidad y la docencia, a la que ha estado siempre vinculado, han caracterizado su vida. Su diagnóstico pesimista de la situación de esta institución en España viene abalado por su experiencia en varias universidades, incluso como rector. La reflexión en torno a la universidad actual, de la que nos recuerda su origen cristiano, apunta a los peligros de un creciente economicismo que es consecuencia de una concepción únicamente *técnica* del conocimiento. Alerta contra algunos requerimientos de la transformación que está experimentando la universidad, como el trabajo en equipo, la unificación lingüística en el inglés, que se observa más como un fin que como un instrumento y no es siempre apropiada para todos los temas, la búsqueda de una universidad popular, o los formatos que se persiguen en ella, que coartan de algún modo la libertad tanto del alumno como del profesor: la asignatura como unidad de estudio, el *paper* académico, etc.

La situación decadente universitaria y la pobreza que diagnostica en el ambiente intelectual español forman parte de un proceso de avance de lo que él denomina la ‘tecnoestructura’ a costa de arrebatar terreno al ‘mundo vital’ y al cultivo auténticamente libre de las humanidades, proceso que va asociado a una sustitución de los conceptos de verdad y felicidad, en los campos teórico y práctico respectivamente, por los más pragmáticos de la conveniencia, lo aceptable o “políticamente correcto” y el éxito. Así se da lugar a un pensamiento débil y muy poco crítico dominado por el sentimiento, que se deja llevar por lo superficial que se aprecia en la imagen, la cual, por otro lado, está en todas partes. Esas tendencias sólo quedan contrarrestadas de manera incipiente, aunque todavía escasa, por el compromiso con una “nueva sensibilidad”, el valor de la solidaridad, que apunta a lo que Llano denomina un “cambio del corazón”, un giro al humanismo. Por esto reclama la necesidad de un filósofo que no se margine sino que, a raíz de las cuestiones políticas y sociales del momento, desenmascare los engaños que van asociados a la tecnocracia (como la supuesta capacidad simplificadora de esfuerzos y recursos de las nuevas tecnologías) y se atreva en nuestro tiempo de excesiva docilidad a decir libremente lo que piensa, puesto que aquello de lo que trata tiene mucho que ver con la realidad concreta, por estar encarnado en ella.

Su incursión filosófica en el ámbito de la empresa tiene que ver con esta postura que se sitúa *más allá* de una mera preocupación por la *apariencia* de un comportamiento ético que disfraza el interés exclusivo por lo más rentable. A la vista de algunos fracasos, aunque no sólo de ellos (Llano responde siempre a la idea de que la moral es económicamente rentable: “O no”), no le pasa inadvertida la dificultad de tomarse en serio un planteamiento de la actividad económica acorde con un verdadero humanismo, pero esto no le conduce a “bajar el listón”, a conformarse con un planteamiento más relativo, a pesar de que esto le haya llevado en alguna ocasión a ser calificado de utópico. Por otro lado, destaca su afirmación de la gratuidad, del don como hechos que se dan libremente dentro del propio ámbito del mercado, y que, además, tienen un valor económico que apunta a otros valores más allá del dinero, como la entrega, solidaridad, el servicio a los otros, etc.

Aunque a raíz de una vida concreta de filosofía, el libro no se reduce a una cuestión autobiográfica, sino que en él se recogen las cuestiones fundamentales, radicales de la filosofía y sus respuestas también fundamentales (esto es, no desarrolladas, sino sólo apuntadas). Centrado sobre todo en el ámbito metafísico de la teoría del conocimiento, también da cabida para otros temas como el de la verdad práctica o la teoría de la acción: en un primer plano, la cuestión de lo trascendental y la trascendencia, la representación, la verdad, el bien y el mal, y los diversos sentidos del ser, que, por cierto, demuestran una virtualidad muy grande en su ámbito de aplicación, en ocasiones también teológico. Temas que, por otro lado, no son muchos, puesto que la metafísica, que es lo que le interesa, se la juega en muy pocas cuestiones, pero fundamentales. Éste es el significado de la “metafísica mínima” que propone, que nada tiene que ver con un denominador común a varias metafísicas, y que se caracteriza por una decisión en torno al par de conceptos mediación-inmediación, ante el que todo filósofo ha de posicionarse. Se trata de una metafísica que, a diferencia de otras disciplinas, no admite especies en la forma de “metafísicas de-”, no se pierde por los derroteros más específicos de posibles aplicaciones, porque éstas no pertenecen ya de forma estricta a la filosofía primera. Así concebida, tampoco puede consistir en una filosofía descriptiva de las entidades del mundo, pues esto forma parte, más bien, siguiendo una línea aristotélica, de la tarea de la lógica, que no propiamente de la de la metafísica.

Como desarrollo de estos temas fundamentales aparecen tratamientos y problemas más específicos que quedan apuntados en el libro. Entre ellos se encuentra la explicación del carácter específico de la acción cognoscitiva como algo –por su carácter ajeno a causas– no natural o mundano y, por tanto, que se resiste a toda explicación naturalista. En relación con esto menciona el enigmático ser de los conceptos en su diferencia con las representaciones, y la necesidad de contrarrestar la tendencia a la cosificación que va ligada al espíritu de cuantificación. La distinción de conceptos y juicios, y los respectivos actos cognoscitivos que dan lugar a ellos, se presenta en relación al tema de a cuál de ellos corresponde la primacía o un carácter más fundamental, y señala cómo determinadas respuestas que se den a este problema desembocan en planteamientos de tipo holista. La relación de prioridad del pensamiento sobre el lenguaje que defiende el profesor Llano tiene que ver con estas cuestiones. Otros temas de orden teórico que aparecen son la analogía, la cuestión de la objetividad y la realidad, la distinción e imbricación de realidad y ficción, o sueño y vigilia, que acarrea un carácter en cierta medida ambiguo de la realidad, o la consideración del ser del Absoluto.

Dentro de las cuestiones morales, él llama la atención acerca de la dimensión cognoscitiva propia del bien moral, que da lugar a la denominación de ‘verdad práctica’ o de la acción. También resalta el carácter moral de ésta, que no puede concebirse en ninguno de sus momentos como moralmente neutra, puesto que ha de considerarse de manera unitaria en relación al fin, a una dimensión teleológica. También anota el problema de la felicidad intramundana o imperfecta en su conexión con un fin sobrenatural, y la consideración de la ley como natural, pero en un sentido de naturaleza no naturalista, sino abierto a la articulación de la razón.

Alejandro Llano explica que su vida intelectual se ha encontrado siempre en una relación armoniosa con su vivencia, ya desde edad temprana, de la religión. Por concordar ambas en la búsqueda de la verdad, dice que en su caso nunca ha experimentado desajustes

entre ellas, sino que –afirma de manera muy gráfica– simplemente las ha vivido como las dos manos: “Una es la derecha y otra la izquierda pero las dos se ayudan mutuamente sin confundirse”. Se complementan proporcionándose recíprocamente temas, instrumentos o métodos, sin que la aceptación de ninguna de ellas suponga una merma en la libertad de la otra; sino que más bien están abiertas o referidas entre sí. Por esto no encuentra dificultades para el cultivo de una filosofía cristiana. Ésta –repite enfáticamente– no equivale a la pertenencia a una sola escuela filosófica, sino que está abierta a toda la filosofía, aunque haya ciertos límites naturales. Una vez más, el énfasis en la libertad, condición de posibilidad del pensamiento.

Zaida ESPINOSA ZÁRATE

LEIBNIZ, G.W.: *Ensayos de Teodicea*, Introducción, traducción y notas: Tomás Guillén Vera, Granada, Editorial Comares, 2012, 513 pp.

El año pasado se publicó la esperada nueva edición de los *Ensayos de Teodicea* de G.W. Leibniz. De este clásico de la historia del pensamiento había hasta ahora sólo dos ediciones en español, diferentes entre sí y ambas incompletas: la realizada por Patricio de Azcárate en 1878 y la de E. Ovejero y Maury en 1928. Los responsables de esta edición son el proyecto “Leibniz en español” y la editorial Comares. El proyecto “Leibniz en español” (www.leibniz.es), coordinado por el catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada Juan Antonio Nicolás y promovido por la *Sociedad Española Leibniz*, lleva ocho años implicado en la edición en veinte volúmenes de una selección sistemática de las obras del pensador alemán, tarea nada desdeñable si pensamos en la ingente cantidad de opúsculos que constituyen su legado, muchos de ellos aún sin publicar en su texto original. Entre los éxitos del proyecto no sólo están los cinco volúmenes publicados hasta este momento (uno por año desde el 2008), sino también, por destacar los más recientes, la constitución de la *Red Iberoamericana Leibniz* (www.leibniz.es/auiprincipal.htm), cuyo principal objetivo es coordinar, visibilizar y potenciar el trabajo realizado por los investigadores de habla española y portuguesa, y la creación de la *Biblioteca Hispánica Leibniz* (www.bibliotecahispanicaleibniz.es), donde se está reuniendo todo lo publicado *de y sobre* Leibniz en el ámbito cultural de las lenguas española y portuguesa.

Esta nueva edición de los *Ensayos de Teodicea* ha corrido a cargo de Tomás Guillén Vera, conocido en el mundo leibniziano por su edición de *Los elementos del derecho natural* y por sus interesantes trabajos sobre Locke y Leibniz. Tomás Guillén Vera no sólo ha mejorado la traducción del texto, más accesible ahora al lector actual, sino que además su edición cumple con suficiencia todos los criterios de calidad científica que se esperan de una obra de esta envergadura. Habría que destacar: la incorporación de todos los apéndices, el índices de conceptos y de nombres de personas, una selección actualizada de la bibliografía relacionada con la obra, un extenso aparato de notas que responde a la perfección a la inmensa erudición de Leibniz, así como la excelente introducción, que presenta la riqueza y complejidad de la obra de manera sencilla.